

DE LA GENEALOGÍA POSTESTRUCTURALISTA DEL PARENTESCO A LAS POLÍTICAS ANTIMATRIMONIALES QUEER

Belén Castellanos

IES Práxedes Mateo Sagsti, Logroño

Resumen.- El presente artículo fue elaborado con el motivo de realizar, a partir de la recopilación de información que contiene, una conferencia, en el Ateneo Riojano, sobre la elaboración teórica en torno al movimiento *queer*, sentando la idea de que ésta tiene, como punto de arranque, la literatura postestructuralista destinada a criticar las concepciones tradicionales del parentesco, incluida la estructuralista de Levi-Strauss (que arrastraría también a los planteamientos de Lacan) en la que se tratan los roles de parentesco, no como construcciones sociales, sino como elementos del orden simbólico. Con esto, se producía un ensimismamiento a nivel político, al universalizar dichos patrones. De ahí que hagamos alusiones numerosísimas a las obras de Michel Foucault y Jacques Donzelot. Junto con la genealogía de la familia nuclear moderna, pertinente en esta empresa, destacamos también, la finura con la que estos pensadores supieron localizar los dispositivos de normalización que atraviesan este proyecto, esencialmente burgués. Sólo mediante el estudio de estos escritos, podremos pasar, responsablemente, a entender el movimiento, las estrategias, la teoría y las reivindicaciones políticas, denominadas *queer*. La conferencia a la que responde este trabajo tenía un carácter divulgativo, en favor del cual, el artículo que ahora ofrecemos, padece, entendemos, isomórficamente, de ciertas simplificaciones, que lo hacen más accesible. Sin embargo, para contrarrestar lo que, sin duda para algunos lectores supondría una carencia, ha sido añadido un número importante de notas a pie con referencias, creemos, suficientes, a artículos, libros, teorías y conceptos, que ofrecen al lector la posibilidad de perseguir, en una sublectura, los temas expuestos, de un modo más hondo y extenso.

Aunque la conozcamos como **“teoría *queer*”**, esta tendencia aparece más bien como **movimiento social alejado del mundo académico, siendo su dimensión teórica un desarrollo ulterior**. Encontramos sus primeras manifestaciones a finales de los años 80, en círculos de lesbianas negras y chicanas del sur de California, que agencian el **apelativo “*queer*”** (raro, invertido, indecible, indeterminado...), frecuentemente utilizado de modo despectivo, reivindicándolo y haciéndolo propio. Este detalle nos ayuda a entender que nos encontramos ante **modos de combate postmodernos**, dado que en ellos se pone en juego el humor¹, el desplazamiento de sentidos, en lugar de la estrategia de la emancipación². La teoría *queer* se sirve de trozos del discurso dominante

¹ Cfr. Cuando hablamos de humor nos referimos, fundamentalmente, a la estrategia de contrapoder que **G. Deleuze** entiende como característica del masoquista, dado que éste, como se refleja a lo largo de **Presentación de Sacher Masoch. Lo frío y lo cruel**. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1967, bloquea el sentido del castigo, estableciéndolo como algo querido, al redireccionarlo, ya no como placer, sino como multiplicación intensificadora del deseo, que se hará, entonces, productor de nuevas zonas de erotización, incluso allí (o, mejor dicho: precisamente allí) donde ésta trataba de conjurarse.

² Cfr. La emancipación, propuesta política propia de la modernidad y, en especial, de la Ilustración, presenta la problemática típica de la lógica dialéctica. El límite de este tipo de estrategias de liberación es que presuponen como válidas, las conceptualizaciones dadas por el poder vigente. Estamos ante revueltas políticas que, a menudo, quedan encerradas en el círculo de la identificación y, por ello, pueden contribuir a, e incluso intensificar el, dispositivo de poder que trataban de combatir. Digamos que carecen de basamento estético o, lo que es lo mismo, de la orientación hacia un nuevo modo de percibir, orientación necesaria para toda acción realmente revolucionaria. Así, por ejemplo, emanciparse como mujer implica reivindicarse como mujer y reivindicarse como mujer lleva consigo aceptar una definición impuesta de mujer, definición en la que quedan atrapadas las posibilidades de liberación, ya que tal definición no puede separarse totalmente del entramado o dispositivo de poder que la hace inteligible. Frente a este tipo de agenciamientos, podríamos situar, entre otros, el poder de lo indecible, de lo ininteligible, tal como lo expone

(consignas, palabras, gestos, etc.) para, pervirtiéndolos, desviar su sentido. Foucault lo llama **“regla de la polivalencia táctica de los discursos”**. A partir de una concepción productiva del deseo³, el movimiento *queer* está muy ligado a la configuración de subculturas sexuales móviles, a partir de la **reapropiación de aparatos y tecnologías**, nacidas, dentro del sistema, para usos opresivos, explotadores o alienantes. Así, asistimos, por ejemplo, a la inversión de dispositivos médicos de normalización o corrección, a partir del uso de máquinas terapéuticas para el placer sexual; de la cirugía, inicialmente reconstructiva u homogeneizadora, para la invención de nuevos cuerpos; o de hormonas que, utilizadas en el ámbito clínico, fortalecían la identidad sexual supuestamente natural, para llevar a cabo prácticas transexuales. Las prácticas *queer* aparecen en forma de usos alternativos del **cuerpo que lo evidencian como realidad en proceso de constituirse** y no como sustancia acabada y naturalmente definida.

Suponen un **renacimiento del movimiento gay y feminista revolucionario**, ligándolos a la lucha de clases, en un momento en el que las reivindicaciones sociales relacionadas con la liberación sexual parecían tomar un rumbo puramente institucional y benevolente con el sistema⁴, perdiendo así su capacidad para poner en cuestión todo el orden existente a partir de una singularidad problemática. Tanto el movimiento feminista como el movimiento gay comenzaban a ser reabsorbidos e incluso rentabilizados por el capitalismo, que veía en estos colectivos nuevos mercados potenciales. A partir de ahora se va a entender que la condición sexual o la raza son formas de vivir la clase explotada y por ello, categorías políticas. La teoría *queer* pondría de manifiesto algo de suma relevancia: **la lucha feminista y la lucha gay no han terminado en la medida en que lo que se buscaba no era la conquista generalizada de formas de vida típicamente heterosexuales como modelo ideal a alcanzar**. Se buscan formas heterogéneas de sentir, formas que escapan a los aparatos ideológicos, poniendo en juego afectos y pactos no reconocidos por las instituciones sociales. Debemos tener en cuenta que los términos que nos permiten ser reconocidos como personas portadoras de derechos se articulan socialmente. El **reconocimiento legal es una sede del poder**⁵: es un arma de doble filo ya que entrar dentro de lo normativo siempre implica la exclusión de otros, de los que no se someten a los modelos de asimilación, y, muchas veces, la pérdida de la capacidad crítica. Por ello, junto con la reivindicación de derechos y reconocimiento legal, debemos ser **críticos con las definiciones legales de lo que somos**⁶.

J. Baudrillard en *De la seducción*. Ed. Cátedra, Madrid, 1989.

³ Cfr. Con “concepción productiva del Deseo”, nos referimos a la comprensión deleuziana del Deseo como productivo y maquinado a través de un Inconsciente ontológico (semejante a una fábrica), comprensión que opone a la manera de entender el deseo por parte del psicoanálisis, como anhelo de una carencia y fabulado por un inconsciente psicológico (semejante a un teatro de la representación). Esta discrepancia aparece diseminada por toda la obra de **G. Deleuze** pero se concentra en ***El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia***. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1998. El Deseo, en sentido deleuziano, sentido que lo acerca a la Voluntad de Poder nietzscheana, tiene potencia suficiente para engendrar su objeto, en el campo social, siendo su capacidad, productiva fuera del sometimiento al juego de la incitación y la prohibición de la Ley y, por ello, nómada y extremadamente plástica.

⁴ Cfr. Como ejemplo de ello, **J. Sáez** habla, en ***Teoría queer y psicoanálisis***. Ed. Síntesis. Madrid, 2004. pp. 26-27, de asociaciones conservadoras estadounidenses de defensa de los homosexuales, como la Sociedad Mattachine o Hijas de Bilitis, que, lejos de presentarse como transgresoras o críticas con la moral tradicional, buscan la aceptación social a partir de la interiorización de los valores familiares, los roles de género y tantos otros elementos propios de lo que se asume como “buenas costumbres”.

⁵ **J. Butler: *Deshacer el género***. Ed. Paidós, Barcelona, 2006. p. 15.

⁶ *Idem*, pp. 39 y 166-170.

La elaboración teórica queer se engloba en torno a dos ejes emparentados: la crítica a las teorías tradicionales del parentesco y la identificación de los dispositivos de normalización sexual que la atraviesan. Podemos rastrear el origen de la **familia nuclear moderna**. El discurso marxista clásico entendía a la familia como mero elemento superestructural destinado a reproducir la ideología burguesa. Sin embargo, en tanto el orden económico capitalista debilitaba la calidad del vínculo familiar, ese mismo discurso, asumía a veces la defensa del mismo. Este análisis no arrojaba demasiada luz acerca de la complejidad histórica de las relaciones entre el poder social establecido y la institución o mecanismo familiar. El discurso psicoanalítico, por su parte, entendía a la familia como el lugar de inscripción del psiquismo individual, así como de los fallos de éste y su repercusión y reproducción en las relaciones interpersonales. Los herederos de Freud presentaron una susceptibilidad de ser agenciado tanto por los movimientos de liberación social como por las políticas de normalización.

Donzelot observa la transición entre un gobierno de las familias, proclamadas como sujeto político, propio del Antiguo Régimen, hacia un gobierno a través de la familia, instrumentalizada como objeto de política (medio para el desarrollo de individuos normalizados educativa-social-sexualmente), creado a partir de las revoluciones burguesas y modulado a lo largo de los avatares históricos del capitalismo. Partamos de un fenómeno del siglo **XVIII**: la difusión de la **medicina doméstica**. Interviene en virtud de la clase social a la que se aplicara. En las capas de la población burguesa estaba destinada a convertir a la familia en espacio protegido contra los peligros y desórdenes de la vida exterior, minimizando el contacto, sobre todo de los niños, e implantando la sospecha, en un mismo sentido, hacia los criados. Aparece la figura del médico de familia y, correlativamente, la mujer doméstica burguesa. Se produce una valorización del papel de la mujer, delegada del médico, “experta” en la gestión de la educación, de la “civilización”, de la higiene y, en definitiva, de la producción de individuos sanos. En esta valorización de la mujer doméstica y la subsiguiente disminución de la autoridad paterna en estas áreas ancla gran parte del feminismo burgués de la época. El reconocimiento de este saber, le permitía, incluso, ejercer labores afines, en espacios de beneficencia, que sustituirían a la familia y se formarían así bajo su imagen normativa, es decir, destinados al moldeamiento moral. En las capas populares, sin embargo, la medicina doméstica tenía un propósito directamente económico. Se trataría de direccionar la vida para disminuir el coste público-social de su mantenimiento. Esto implicaba una vigilancia mucho más directa sobre el cuerpo social proletario. Esta vigilancia no consistía en la observación y normativización del seno familiar sino en la creación de la familia. La familia nuclear era un modo de vínculo personal ajeno al modo de vida obrero en la medida en que la práctica del matrimonio era mas bien minoritaria por su inutilidad para quien no tuviera nada o casi nada que legar económicamente. Introducir el matrimonio y el orden familiar significaría desplazar las labores de asistencia y sus costes hacia una economía sumergida basada en el sobretrabajo de las obreras, mediante la inscripción de sentimientos de deber a partir de una moral que intensificara la emocionalidad de los vínculos de sangre y de la conyugalidad. La filantropía fue una estrategia despolitizante, equidistante entre la iniciativa privada y la estatal, extendida en el siglo XIX, que convertía una cuestión de derecho político en una cuestión de moralidad económica, librando, en gran medida, al Estado liberal de tales responsabilidades. Cumplían principalmente con un objetivo de vigilancia y censura, por medio del chantaje⁷. La pobreza empieza a ser considerada como síntoma de inmoralidad y la inmoralidad como razón suficiente, no sólo para vigilar, sino para castigar con la negación de asistencia, condenando así a la

7

J. Donzelot: *La policía de las familias*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008. p. 71.

pobreza más miserable. Esto permitía disminuir el gasto público en asistencia a menores abandonados y acabar con las revueltas de los pobres, una vez rota su alianza con la burguesía: “*Estas dos líneas de deconstrucción del antiguo gobierno de las familias convergen en la toma de la Bastilla. Llevada adelante por gente del pueblo y por indigentes de París, es decir, por aquellos a quienes ya ningún vínculo socio-familiar contiene...*”⁸. Las viviendas de los polígonos industriales empezarán, por primera vez, y en nombre del higienismo y la salubridad, a concebirse para crear espacios ajustados a las dimensiones familiares y así desbancar las costumbre obreras de desarrollar la vida de modo más colectivo y callejero.

La **escuela** será el lugar elegido para intruducir los contenidos de moralización mencionados, apareciendo así, las **políticas de educación pública gratuita** como modo de conjurar el socialismo y, en ningún caso, de esbozarlo. Dotada con una enseñanza unificada, comenzó a recibir cada vez más alumnado de familias acomodadas, mientras, los pobres acudían difícilmente debido a sus horarios laborales y al agotamiento. De ahí, que la gratuidad fuera completada con la **obligatoriedad**. Como dice Donzelot: “... *la lucha filantrópica contra la explotación infantil también era una lucha contra esos enclaves populares que permitían la autonomía de los vínculos entre generaciones y, por lo tanto, contra las consecuencias políticas de ese fenómeno*”⁹. **Parece no haber ni un solo habitáculo del Estado, ni un solo servicio “público” que no fuera instrumentado como dispositivo de vigilancia, de intromisión en modos de vida potencialmente peligrosos para el orden del sistema liberal.** A esto se le llama “integración positiva”. En este proceso aparece, a finales del siglo XIX, el “**trabajo social**”, educador especializado cuyo campo de investigación e intervención será la **infancia**, sobre todo, la de las clases bajas, bajo una apariencia suavizada y amable respecto de los operadores penales y policiales, pero que **introducen medidas mucho menos democráticas aún bajo el justificante de la prevención**. Por ejemplo veamos el Tribunal de menores¹⁰: no admiten público popular, sólo la presencia de “gentes de bien”, con los que, por cierto, se jugaba, a menudo, al tráfico de niños; no admite la posibilidad de apelación; y la comparecencia de un menor no implica, necesariamente, que haya cometido un delito, sino que puede exigirse a consecuencia de un informe educativo. Se fabrican delincuentes, ya que el internamiento como medida de control predelictiva abre la posibilidad de la fuga, constituyente ya de un delito penalmente perseguible. El Tribunal de Menores no examina delitos sino individuos, sometiendo así a un juicio perpetuo y orientando hacia la delincuencia a todo aquel que no sigue el juego de la normalización. Otro factor que entra en escena será la **psiquiatrización generalizada como agente de la moralización social**¹¹. El niño también va a constituirse como objeto fundamental de la psiquiatría, como antesala de todas las anomalías del adulto¹².

⁸ *Idem*, p. 56.

⁹ *Idem*, p. 82.

¹⁰ **M. Foucault: *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. Ed. Akal, Madrid, 2001.** p. 45.

¹¹ Cfr. Sobre el peritaje psiquiátrico en materia penal, como tecnología cuyo efecto sería la duplicación del delito, entendiendo la infracción como rasgo constitutivo del individuo y no sólo como acción penalmente tipificada, ver: M. Foucault: *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. *Op. Cit.* pp. 26-34.

¹² Cfr. En M. Foucault: *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. *Op. Cit.* pp. 222-239. podemos observar como esta operación serviría también para responsabilizar al niño de toda su vida y para patologizar la infancia. Del mismo modo, se establece la necesidad de sellar el espacio del niño contra incitaciones hacia las que se lo considera altamente sugestionable. Todo ello forma parte del discurso decimonónico contra la masturbación, discurso que apuntalaría, según Foucault, la fortificación de la familia

Al comenzar el siglo **XX** nos encontramos ya con una intensificación especialmente notable del interés por la **temática sexual**, que va a atravesar el corazón de la disciplina psiquiátrica y del trabajo social. Aparece la polémica entre **dos corrientes** aparentemente irreconciliables en cuanto al modo de gestionar la sexualidad. Una de ellas es nacionalista-imperialista y corresponde al familiarismo burgués contra la infecundidad: el colonialismo necesita hombres. La otra corriente es colectivista y pronunciará una gestión individual, y no familiarista, de la sexualidad, bajo lemas como el amor libre. Sin embargo, **esta polaridad no es más que una simplificación puesto que lo más interesante es ver cómo las posiciones antifamiliaristas defienden a menudo la tutela estatal, es decir, la conversión del Estado en una gran familia que ejerciera las funciones de padre**. De hecho, se va a proceder a una medicalización de la vida y la sexualidad, mediante el cauce abierto por las reivindicaciones supuestamente antifamiliaristas. Esto ha traído malentendidos vigentes aún en la actualidad, relativos a la **confusión que iguala medicalización y liberación sexual, o sexualización y antifamiliarismo**. La cosa, sin embargo, funciona más bien al contrario: la medicalización de la sexualidad, la codifica más sólidamente aún que el discurso moral, debido al privilegio del estatuto científico y pretendidamente neutral y benefactor que le permite convertir lo que antes eran desviaciones o pequeñas maldades, en patologías o síntomas de enfermedad a erradicar en nombre de la salud pública¹³; y la sexualización social produce medios para el fortalecimiento de la familia, intrudiciéndola en el dinamismo del deseo como la promesa de estabilización de la satisfacción de las necesidades-pulsiones sexuales.

El **triunfo del familiarismo** a través de su propia oposición política, “perdida” en estrategias estatistas, se lubricó a través de una tecnología que secularizaba tanto la antigua dirección espiritual cristiana como la diagnosis medica fría y lapidante. Nos referimos a la **psicología, con la que el familiarismo supo integrar e invertir tácticamente propuestas como la de la Planificación Familiar**, apolitizándola y alejándola de toda referencia al modelo colectivista en favor del desarrollo de la imagen de la “familia feliz”. También supo integrar **la pedagogía sexual**, que anteriormente tanto había escandalizado, como dispositivo de control y vigilancia (Mme Vérine o Blackwell recomiendan establecer una relación de confianza, de tal modo, que, de alguna manera, son los padres los que “iniciarán” al hijo en su vida sexual). En 1967, cuenta Donzelot, la **ley Neuwirth**, promovida por un diputado conservador, autoriza por primera vez un programa curricular escolar sobre sexualidad y anticoncepción. **Muchos de los elementos que han pasado por liberación sexual no son sino tácticas de normalización. El niño será visto como el síntoma de la patología de las relaciones adultas, es decir, de las patologías sexuales. Se borra el conflicto familia-Estado, que a menudo se manifestaba en forma de arribismo entre los potestades pedagógicas de la familia y las potestades pedagógicas de la escuela pública: la escuela evidenciaba la inadaptación y ésta remitía a un problema cunyugal o a una desestructuración familiar (falta de cumplimiento de los roles), que ha de ser denunciada y, en parte, contrarrestada por la escuela**. Tenemos que si en la familia se desarrolla la sexualidad y en su desestructuración se desarrollan las patologías sexo-afectivas y, en ellas, la inadaptación social, no hay más remedio que entender que la familia es el soporte de todo lo social, de todas sus rectitudes y de todas sus desviaciones. En torno a estudios antropológicos actuales (Franklin, McKinnon...) que definen el parentesco no como base de nuestra cultura sino como fenómeno de la misma interrelacionado con factores políticos, económicos, etc.¹⁴, **J. Butler propone una concepción alternativa del**

nuclear burguesa, en torno a la vigilancia constante del menor.

¹³ M. Foucault: *Los anormales*. Curso del Collège de France (1974-1975). *Op. Cit.* pp. 153-156.

¹⁴ Cfr. Ver, por ejemplo, algunos estudios como: **J. Bestard: “Artificial y natural: ¿Qué queda de la**

parentesco, entendiéndolo como la intensificación de los vínculos comunitarios en asociaciones más íntimas que no tienen porque estructurarse por relaciones monógamas, pero ni siquiera por relaciones sexuales o biológicas. La cuestión sería **separar el parentesco de la sexualidad** como órdenes heterogéneos. Los amores que no se estructuran así no son, por ello, menos amores o menos de verdad, aunque así lo imponga, a nuestro entendimiento, la normatividad vigente. La petición política sería la **desarticulación de los derechos y deberes concomitantes con el matrimonio** o con figuras similares, ya que se construyen en base a la discriminación de otras alianzas consideradas ilegítimas, cuyo efecto no es meramente simbólico sino que, por ejemplo, muchas prestaciones sociales están condicionadas por el contrato matrimonial¹⁵.

En *Historia de la sexualidad*, **Foucault** trata de presentar una genealogía de la **sexualidad**, entendiéndolo que ésta es, como cualquier otro tipo de territorialización u organización del cuerpo en un sentido determinado, un **producto cultural** (burgués en este caso¹⁶). En Grecia resultaría forzado, entiende Foucault, hablar de sexualidad. No parece haber aún una reagrupación conceptual bajo la que cayeran, en unidad, fenómenos como el deseo, el placer, el apetito, la pasión, etc.¹⁷. Se hablaba de *afrodisia*, el juego asociativo del placer y del deseo. Del mismo modo, tampoco podríamos datar en la Grecia ni en la Roma clásicas, la aparición de la **figura del homosexual**¹⁸, dado que, por una parte, las experiencias erótico-amorosas entre hombres se contextualizaban en rituales (de iniciación, de aprendizaje, de preparación para la amistad, etc., que conllevaban, supuestamente, la exclusión del placer del joven pasivo) y valoraciones totalmente distintas de las que ahora tenemos en cuenta, y, por otra parte, no había una demarcación clara que dividiera al heterosexual del homosexual puesto que las prácticas con cada sexo eran de órdenes dispares y no excluyentes. Eso sí, más tarde, la **promoción del matrimonio y de la intensificación emocional de la vida conyugal, en la época imperial**, tanto las redes de familia y amigos, como las prácticas eróticas con personas del mismo sexo, pierden valor con respecto a la relación dual heterosexual, capaz de procrear y de establecer cierta reciprocidad en los derechos y obligaciones mutuas. Así, comenzaría, no una condena hacia la "homosexualidad", pero sí un **modelo de relación personal-sexual heterocentrado**. Los placeres sexuales se distribuyen bajo el esquema falocrático de sujeto-objeto (activo-pasivo), que otorga roles diferenciados en relación explícita con el estatus social de los implicados.

La captura cristiana y todo su desarrollo a lo largo del feudalismo supondrán los capítulos en los que, la represión y la exclusión, toman cierto protagonismo. **La medicalización judicial que aparece, sin embargo, con las revoluciones burguesas, retomará las tácticas positivas de producción y vehiculización del deseo. Foucault afirma rotundamente que la "pornografización" del ambiente social, revela una tecnología**

naturaleza?" en Parentesco y modernidad. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1998; S. Franklin: *Embodied Progress. A cultural account of assisted conception*. Rotledge, London, 1997; S. Franklin y S. McKinnon, editoras: *Relative Values: reconfiguring kinship studies*. Durham: Duke University Press, 2001.

¹⁵ J. Butler: *Deshacer el género*. Op. Cit. pp. 47-48 y 180-187.

¹⁶ **M. Foucault: *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber***. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2006. pp. 136.

¹⁷ **M. Foucault: *Historia de la sexualidad 3: El cuidado de sí***. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2005. p. 188.

¹⁸ M. Foucault: *Los anormales*. Curso del Collège de France (1974-1975). Op. Cit. p. 283: "En 1870, en los Archives de neurologie, Westphal describe a los invertidos. Es la primera vez que la homosexualidad aparece como síntoma dentro del campo psiquiátrico.

de poder, basada en la incitación a la confesión sexual constante. La sexualización no puede confundirse con suerte alguna de liberación sexual, sino que constituye, por el contrario, un trabajo de significación sexual. Es en este sentido que la sexualidad es una invención moderna, una administración del sexo, una regulación que lo rentabiliza y lo convierte en productor de identidad. Se la supone la productora de subjetividad por excelencia. Parece que es al sexo al que tenemos que preguntarle lo que somos. Foucault rompía con todo esencialismo de la identidad al darse cuenta de la trampa en la que el movimiento de liberación sexual había caído al dejarse absorber por el dispositivo de sexualidad. Contra el esencialismo identitario, la teoría *queer* opone una crítica a los esquemas heterocentros, incluyendo como tal al binomio heterosexual-homosexual y a la idea, en la que se basa tal binomio, de que un sexo es idéntico a sí mismo, idea que recorta arbitrariamente la realidad humana colocando la diferencia central en el binomio hombre-mujer. **Frente al feminismo tradicional que diferenciaba sexo, como entidad natural, y género, como rol social o culturalmente impuesto, la teoría queer va a considerar que el sexo no es menos un producto construido y que, además, lo es desde el dispositivo de género. Estamos desvirtuando el esquema de oposición naturaleza-cultura, para advertir que lo denominado “natural” no es más que una invención ideológica que pretende ejercer funciones normativas desde la posición privilegiada de una supuesta neutralidad científica. De este modo, deducimos que primero se dan roles, demarcaciones, correlaciones de fuerzas, enfrentamientos por el poder, vencedores, dominados, etc. y después se los recubre con una precuela mítico-naturalista. El género es una actividad performativa que se hace siempre en función de otro¹⁹. No existe ninguna constitución del género externa a una sexualidad subordinativa y explotadora: no existe ninguna constitución del género externa a la construcción de la monogamia heterosexual²⁰.**

La teoría queer propone la necesidad de localizar los dispositivos de normalización entrelazando las cuestiones de raza, sexo y clase. Así lo manifiestan Teresa de Lauretis, Joan Nestle o Judith Butler. Muestran como la existencia como mujer, como negro o como transexual, son **modos de experimentar la clase social.** Butler quiere hacer entender que las luchas por la transformación del campo social de la sexualidad son centrales para la **economía política:** trabajo doméstico no remunerado, explotación en el ámbito de la reproducción social de las personas, negación estatal de ayudas económicas a comunidades afectivas que no encajan dentro de los parámetros reconocidos por el matrimonio o el modelo familiar, negación también de permisos laborales por enfermedad de allegados que no tienen o no pueden tener el estatuto de “familiar”, cargas económicas diferenciales en el ámbito sanitario en el momento en que el Estado no se molesta en contrarrestar los efectos del mercantilismo farmacéutico en el caso de los medicamentos para personas seropositivas, etc²¹. **De hecho si el normativismo sexual es indispensable para el funcionamiento de la economía capitalista, no podemos afirmar, al mismo tiempo, que los movimientos que luchan en este ámbito sean “meramente culturales”.** En favor de la **resistencia a la normalización** se propone la **producción de diferencias**, el nomadismo de las identidades, el desapego a la estabilidad, que se vuelve **contra las capturas y las**

¹⁹ J. Butler: *Deshacer el género. Op. Cit.* p. 13.

²⁰ J. Butler: *Deshacer el género. Op. Cit.* p. 85.

²¹ Cfr. Esta es la temática central del artículo de J. Butler: “El marxismo y lo meramente cultural” en *New Left Review*, nº2 (mayo-junio), 2000. pp. 109-121. Traducido al castellano en <http://caosmosis.acracia.net/wp-content/uploads/2007/08/butler-el-marxismo-y-lo-meramente-cultural.pdf>.

asimilaciones de la homogeneización a la par que crea nuevos valores, nuevos modos de vida. También contra la normalización, se muestra el **cuerpo como realidad en construcción**, como plano sobre el que actuar, como algo no natural sino mediado por la **tecnología**, a la que nos podemos someter (cirugía a los hermafroditas para normalizar sus cuerpos, hormonas para potenciar la feminidad tras la menopausia, hormonas para intensificar la potencia sexual masculina...) o de la que nos podemos apropiar. La vida humana está, en todo caso, en dependencia de la tecnología y el cuerpo humano es el producto de su propio trabajo, del desarrollo de la técnica²². **El feminismo queer se cuestionan todas las pretendidas identidades estables como personajes míticos de captura**²³. La identidad esencialista, ya biológica, ya cultural, ya simbólica, ha de ser deconstruida y denunciada como modo del imperialismo cultural. Esto nos permitiría entender la **transexualidad** como actividad transformadora autónoma y no como mero deseo de conformarse a las categorías identitarias establecidas. Es la manera de entender la transexualidad de modo no patológico y criticar la necesidad de diagnósticos psiquiátricos para cirugías genitales (lo mismo que no lo son para agrandar los pechos) o cambios legales de género. La transexualidad no se funda en una enfermedad o error biológico²⁴. No vale la explicación: "soy una mujer en un cuerpo de hombre", porque, ¿qué es ser mujer? ¿qué es ser hombre? Sólo son construcciones simbólicas. Por ello, tampoco la teoría queer acepta el diagnóstico como reconocimiento social ya que es un chantaje que permite el ejercicio de una libertad a cambio de someterse al discurso patologizador. La teoría queer se opone a toda reivindicación de identidad, incluyendo la asignación de un sexo estable. En este sentido, **Beatriz Preciado** propone "**prácticas contra-sexuales**", contra-sexo-genitales²⁵. No se trata simplemente de explorar distintos focos de placer y distintos objetos que los recubrieran. Tampoco se trata simplemente de reivindicar sexualidades periféricas o perversas. Estas prácticas contra-sexuales posibilitan una especie de reelaboración del cuerpo organizándolo en torno a zonas no vinculadas a la diferencia sexual. En torno a este proyecto, aparecen reivindicaciones como la eliminación del género en el DNI, abolición del contrato matrimonial, acceso libre a las hormonas sexuales, etc.

Bibliografía

J. Baudrillard en *De la seducción*. Ed. Cátedra, Madrid, 1989.

J. Bestard: "Artificial y natural: ¿Qué queda de la naturaleza?" en Parentesco y modernidad. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1998.

J. Butler: *Deshacer el género*. Ed. Paidós, Barcelona, 2006.

J. Butler: *El género en disputa*. Ed. Paidós, México, 2001.

²² J. Butler: *Deshacer el género*. *Op. Cit.* p. 29 y 128-129.

²³ Cfr. En el ámbito de la nueva clínica, basada en la crítica deleuziana al psicoanálisis, aparece el método de dramatización, que ayudaría a vislumbrar ese "personaje mítico" que captura el devenir de la propia vida, debilitándola. **A. Zambrini** desarrolla las ideas fundamentales de este método en **El deseo nomade**. Lugar Editorial, Buenos Aires, en el que dedica el capítulo 3 a los personajes míticos como aparatos de rostrificación (términos deleuzianos).

²⁴ Cfr. Ver J. Butler: *Deshacer el género*. *Op. Cit.*, cap. 4: "Diagnosticar el género". pp. 113-148.

²⁵ Cfr. Ver **B. Preciado: Manifiesto contra-sexual**. Ed. Opera Prima, Barcelona, 2002.

- J. Butler: *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Ed. Cátedra, Madrid, 2001.
- J. Butler: "El marxismo y lo meramente cultural" en *New Left Review*, nº2 (mayo-junio), 2000.
- G. Deleuze: *El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1998.
- G. Deleuze: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Pre-Textos, Valencia, 2004.
- G. Deleuze: *Presentación de Sacher Masoch. Lo frío y lo cruel*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1967.
- J. Donzelot: *La policía de las familias*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008.
- S. Franklin: *Embodied Progress. A cultural account of assisted conception*. Rotledge, London, 1997.
- S. Franklin y S. McKinnon, editoras: *Relative Values: reconfiguring kinship studies*. Durham: Duke University Press, 2001.
- M. Foucault: *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2006.
- M. Foucault: *Historia de la sexualidad: El uso de los placeres*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2006.
- M. Foucault: *Historia de la sexualidad 3: El cuidado de sí*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2005.
- M. Foucault: *Vigilar y castigar*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 2000.
- M. Foucault: *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. Ed. Akal, Madrid, 2001.
- B. Preciado: *Manifiesto contra-sexual*. Ed. Opera Prima, Barcelona, 2002.
- J. Sáez: *Teoría queer y psicoanálisis*. Ed. Síntesis. Madrid, 2004.